



ADVERTENCIA DE LA PRIMERA EDICIÓN

LOS CLÁSICOS EN LA ENSEÑANZA

Hace tiempo que el Instituto-Escuela tropieza con bastantes inconvenientes para que las lecturas literarias de sus alumnos sean todo lo extensas y variadas que es menester; la misma dificultad tocarán, en más o menos grado, todos los profesores que se dedican a la enseñanza de la lengua y de la literatura españolas en sus primeros grados.

Cierto que abundan las colecciones de trozos escogidos y que éstas cumplen un importante fin pedagógico, sirviendo para el examen en detalle de muy diversas cuestiones gramaticales o artísticas, pero no satisfacen la necesidad que el estudiante tiene de conocer y apreciar el conjunto mismo de la obra a que pertenecen esos trozos.

Y para ese conocimiento de conjunto faltan los medios. El estudiante podría quizá

remediarse asistiendo a una biblioteca; pero ésta, en muchas partes no existe, o no está suficientemente dotada; en otras ocasiones, la índole o la extensión de muchas obras que pueden hallarse en bibliotecas excede a la comprensión o capacidad propias de los primeros años de trabajo; y, en todo caso, si el lector puede tener en su mesa las obras que debe conocer, logrará siempre ganar mayor familiaridad con ellas. Es, pues, muy conveniente entregar al más fácil manejo del estudiante una colección literaria de las obras principales que por él deben ser conocidas.

Por eso trabajamos hace tiempo en formar esta Biblioteca que ahora sale a luz y para la cual se hallan ya preparados gran parte de los textos, esperando mantener continuidad y rapidez en la publicación. No excluirémos enteramente de ella algunos extractos fragmentarios, como los de las antologías; pero serán extensos y pocos. En general se incluyen producciones literarias tomadas en su conjunto.

Claro es, sin embargo, que muchas de las obras incluídas tienen que ser acortadas a fin de que, descartado lo excesivo o inconveniente, se haga su lectura fácil y llana para cualquier joven que no se haya de especializar en la literatura. La tarea, como bien se comprende, es delicada en extremo, sobre todo tratándose de obras de extensión considerable, como

el *Amadís*, donde lo que se suprime es muchísimo más de lo que se conserva. Pero al eliminar trozos de cualquier composición se ha puesto todo cuidado y empeño en conservar tanto el pensamiento fundamental del autor como los pasajes principales en que ese pensamiento se manifiesta. También nos hemos prohibido alterar irrespetuosamente los textos y huímos de acortarlos con supresiones menudas y frecuentes que desfiguran el estilo del autor, cosas ambas que hemos sentido intolerables en algún ensayo de reducción que se ha publicado, por ejemplo, del *Quijote*.

Proponiéndose la presente colección servir a una iniciación literaria bastante extensa, incluye piezas de muy diverso carácter: junto a las obras maestras, otras de diverso valor artístico o histórico, entre ellas algunas demasiado olvidadas (esperamos que en los jóvenes lectores podrá revivir fácilmente mucho del interés aventurero que encierran los *Historiadores de Indias*), llegando hasta un *Cancionero musical* compuesto principalmente de cantos tradicionales. Incluimos también autores americanos. Dada la amplitud del propósito, lo reducido del espacio que nos hemos impuesto y las encontradas razones que pueden abogar por la inclusión o exclusión de una obra, se comprende que la selección tiene que ser discutible y expuesta a inevita-

bles omisiones; especialmente se notarán éstas en los autores más recientes, pues aquí la falta es siempre menos sensible, por hallarse los libros modernos más al alcance de todos.

Otros notarán más bien cierto exceso en la Colección, sobre todo pensando que, para los comienzos del estudio, varias de las obras aquí incluidas exceden a la inteligencia y al gusto de un muchacho en los primeros años de su estudio. Pero nunca se tendrá bastante en cuenta que el aprendizaje de un niño, y, por último, de un hombre también, se hace siempre a fuerza de percibir incompletamente aquellas cosas que sobrepasan la comprensión del instante y que esperan tiempo venidero para ser asimiladas de un modo más perfecto, ora con la conveniente repetición, ora sin ella. No de otro modo el niño aprende el lenguaje: sin darse él cuenta apenas de que tropieza en palabras ininteligibles. Llegan éstas a iluminársele con plena comprensibilidad.

Pero evidente es que no todas las obras aquí publicadas son para la edad primera. Como hay que abominar en la enseñanza del lenguaje excesivamente incomprensible, hay que evitar la lectura de aquello en que las dificultades se hagan notar demasiado.

Para que pueda esquivarse tal escollo, esta Biblioteca ha procurado dos cosas. Primeramente trata de incluir aquellas principales

obras maestras cuyo conocimiento es más urgente en la historia de nuestras letras. En segundo lugar ha de incluir ciertas obras que por su sencillez y carácter elemental cuadran a los primeros años de la vida y de los estudios mejor que otras obras de mayor significación y alcance artístico; pero aún esas obras han sido escogidas entre las que tienen por sí un positivo valor histórico. Véase, por ejemplo, cómo se puede ensanchar el habitual campo de las *Fábulas* incluyendo en él nombres de muy altos autores.

Reuniendo estas dos clases de material, la presente Biblioteca trata de incluir en treinta tomitos las obras cuyo conocimiento nos parece más esencial o más oportuno en los primeros años de la enseñanza, ordenándolas bajo el doble método de géneros y épocas, para que el conjunto pueda con facilidad ser entendido históricamente. Así los treinta volúmenes están formados obedeciendo a un canon literario, a un catálogo previamente establecido, de aquellas obras mejores que el estudiante debe frecuentar en el comienzo de sus estudios para adquirir los fundamentos de su cultura tradicional hispánica.

Desea esta Biblioteca ser parte en aminorar el caso tan frecuente de los que se educaron en la más cerrada ignorancia de nuestra vida artística pasada y vivieron, y aun escri-

bieron, ora venerando meros fantasmas de los nombres famosos que alegran su oído como una charanga estrepitosa, ora despreciándolos por apaciguar el disgusto de ignorarlos o el sinsabor de haber descubierto demasiado tarde figuras que debiera haber conocido antes y con mayor preparación para comprenderlas.

Pero es necesario advertir muy encarecidamente que esta amplia orientación histórica, que consideramos base precisa de la educación literaria, no ha de aspirar nunca a la imitación de los autores estudiados, cosa pueril y funesta. La abundancia misma y la gran disparidad de los textos aquí reunidos indican bien claro que esta Biblioteca no se propone dar modelos para la imitación que cohiban la nativa frescura del que los estudia, sino que se propone algo más elevado y eficiente: quiere entrañar los principales productos literarios en la inteligencia del lector asiduo, para que el pensamiento y el lenguaje de éste se enriquezcan, y, desenvolviéndose con fuerte arraigo en la tradición, tomen como punto de partida el pasado a fin de poder proseguir la línea de progreso que la tradición señala hacia lo por venir.

Una espontaneidad ingenua y despreciadora de toda tradición convertiría la producción literaria de cada día en flor efímera y sin se-

milla. El ideario y el lenguaje de cada generación serían como un aposento cerrado, oscuro y malsano, tan sin ventanas por donde entrase la luz de las generaciones de ayer como sin puertas para salir a las generaciones de mañana, despreciadoras también a su vez del pasado. Y no vale asegurar que la perfecta ignorancia de la tradición es prácticamente imposible. Una ingenuidad abandonada a aquellas impresiones tradicionales más cercanas o que como a la desbandada y a más no poder se entran por los resquicios, no producirá por lo común sino abortos sin completa gestación; estará siempre expuesta en máximo grado a ser presa incauta de cualquier bajo éxito del momento, que se le presente con aureola de novedad. Sólo cuando las impresiones tradicionales se hacen densas y muy variadas, la espontaneidad está entre ellas más segura de poder madurar en sí misma sus frutos mejores, mejor nutridos por más hondas raíces.

Abril 1922.

La difusión y reimpresiones de los volúmenes de esta Biblioteca indican la utilidad de la misma. Aunque ella no pretende dar a la escuela y a la segunda enseñanza todos los libros de lectura necesarios, da una gran parte,

que cada profesor, según su aptitud y gusto, escoge para las diversas edades de los alumnos.

La mayoría de los tomos han tenido su aplicación principal en la enseñanza secundaria, pero también algunos han servido para la primaria.

Se discute reiteradamente en pro o en contra de la conveniencia de leer en las escuelas los autores clásicos de una literatura y jamás la cuestión podrá ser resuelta en general, sino para cada caso pedagógico, en vista sobre todo de cómo el maestro haga la lectura, atinando o no a dirigir la mirada del niño hacia alguna de las diferentes zonas de interés que la obra clásica presenta. Por mi parte, sin pretender impertinente echar aquí mi cuarto a espadas entre los pedagogos, me parece claro que para todas las varias edades de la vida existe en la obra clásica un atractivo especial, más especial y más apropiado cuanto la obra es más grande. Cervantes nos declara que esto sucedió así respecto de su novela, desde su aparición: "los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran", y estas palabras hallan eminente comentario en aquellas otras donde Enrique Heine nos dice que el primer libro leído por él en la niñez, en cuanto

supo leer de corrido, fué el *Quijote*, y nos descubre (y esto tiene importancia capital) cómo la vehemente impresión entonces recibida, lejos de apagar su admiración ulterior, tuvo virtud para llevarle a releer las aventuras del Ingenioso Hidalgo en todas las etapas de la vida, y para hacerle experimentar en cada nueva lectura las reacciones más substancialmente diversas. Lo que importa es que el maestro entienda de estas varias reacciones; lo que hace falta es que sepa recobrar su alma infantil frente a la obra que hace leer a los chicos y acierte a sacar de lo que lee los tesoros de juguete oportunos para ofrecer a sus pequeños huéspedes de clase.

Las materias de la física, de la geografía o de la historia tienen su enseñanza cíclica desde los primeros años de la escuela; las principales obras maestras de una literatura deben tener también sus ciclos de exposición, desde la infancia del alumno.

Febrero 1933.

R. MENÉNDEZ PIDAL.